

UN PUERTO SEGURO

OSCAR +

UN PUERTO SEGURO

Todo había comenzado con un rotundo portazo y un no menos rotundo, ¡adiós!

Durante los nueve años que llevaban conviviendo, Raquel siempre le había impresionado por su seguridad en todo; dentro o fuera, blanco o negro, todo o nada, era su forma de ser y lo llevaba hasta sus últimas consecuencias, tanto si se trataba de elegir una simple lata de tomate frito, el coche que conducía o incluso la vivienda que compartían, su seguridad era aplastante, una vez tomada una decisión era prácticamente inamovible.

Quizá la explicación de su carácter venía condicionada por su profesión, la física deja poco margen para las especulaciones y en el campo de la óptica que es a lo que ella se dedicaba, la precisión marca la diferencia entre un buen trabajo y una chapuza, palabra ésta que no constaba en su diccionario.

El, sin embargo, era un mar de dudas, su vida discurría por un océano lleno de brumas que a veces le permitían ver y otras le ocultaban caprichosamente sus objetivos, de forma que tomar decisiones era un proceso que podía llevarle horas deambulando por un intrincado laberinto, en el que se dejaba arrastrar arriba y abajo y de izquierda a derecha hasta dar con la respuesta, que no siempre tenía porque ser acertada.

Ya de niño era dubitativo, no sabía con quién asociarse, si con los futboleros del colegio, o con los que odiaban ese deporte, (una minoría en su tiempo) y eso le llevaba a estar casi siempre solo. Sus ratos de ocio los compaginaba leyendo las aventuras de sus héroes favoritos en aquellos tebeos apaisados, algunos todavía en blanco y negro y otros con su cuaderno de dibujo y su bolígrafo, dibujando batallas interminables con sus aviones, tanques y puentes que volaban con explosiones encadenadas.

Al final el mundo de la publicidad fue el campo elegido y el que mejor se acomodó a su forma de ser permitiéndole dedicar la mayor parte del tiempo a su pasión favorita, divagar.

Había conocido a Raquel en uno de esos viajes que llaman de placer, supongo que por lo desorbitado del precio, en una de esas playas paradisíacas de aguas cristalinas, arena blanca y atardeceres de postal.

Enseguida congeniaron, ella estaba allí para olvidar el mal trago que le supuso la ruptura de su última relación sentimental, un auténtico capullo, según la versión que le contó la segunda noche que cenaron juntos en un restaurante típico de la zona ante una fuente de pescado y un carísimo vino blanco, bien frío.

El, por su parte, se había premiado con ese viaje, llevaba años sin apenas tomar vacaciones en su trabajo, unas veces por necesidades del mismo y otras simplemente por dejadez, no encontraba el momento o el sitio adecuado y lo había ido dejando hasta que un día un bonito escaparate de una agencia de viajes le motivó a entrar y una competente vendedora lo amarró literalmente a la silla y de allí había salido con el paquete vacacional que le había llevado a conocer a Raquel, el amor de su vida.

Al entrar en su casa, notó algo extraño, de un primer vistazo observó cajones abiertos, armarios vacíos, estantes desiertos. Raquel ya no estaba.

Sintió que las piernas le flaqueaban y una especie de vértigo le obligó a buscar rápidamente asiento, mientras un repentino sudor frío empezaba a recorrer todo su cuerpo. Raquel se había ido.

La sensación de vacío y la profunda tristeza que le embargaba hizo que su respiración se alterase, poco a poco se vio incapaz de respirar, sus pulmones no admitían aire por más que él se esforzaba en inhalar una y otra vez un oxígeno que no era capaz de encontrar; trató de serenarse, sin conseguirlo, y a duras penas marcar el teléfono de emergencias mientras regresaba con paso vacilante hacia la entrada de su vivienda.

El desasosiego continuaba, no terminaba de acompasar su respiración y el malestar se había generalizado por todo su cuerpo, un molesto hormigueo parecía entumecer parte de su cuerpo sin saber muy bien a qué miembro atribuirlo y los últimos reproches de Raquel, le martilleaban una y otra vez el cerebro, como si un cincel quisiera que se quedasen grabados allí permanentemente.

De nada servían sus argumentos, oye, somos distintos, lo tuyo es ser eminentemente práctica y muy realista y lo mío es mas empírico, tengo que sentir las cosas, me cuesta lo cotidiano y necesito más tiempo para cualquier faena por simple que a ti te parezca y que como sueles decir, se haga en un plis-plas.

Por un momento se sintió algo aliviado en su congoja, empezó a sentirse más relajado y de repente apareció aquel pijama que le volvía loco. Esa pieza superior que apenas perimetraba su generoso busto y esa pequeña fila de botones atirantados, como invitando permanentemente a salir despedidos, eran una tentación irresistible, y qué decir del minúsculo pantaloncito que se ajustaba a sus caderas, tan breve, que dejaba totalmente al descubierto aquellos muslos perfectamente torneados y suaves.

Alargó la mano y sus dedos sintieron la calidez de la piel, como de seda y soltaron el primer botón, que pareció aliviado de salir de su encierro en aquel diminuto ojal que lo ahogaba, luego el segundo, que iba ensanchando el maravilloso

canal entre sus senos y en ese punto sintió que su cuerpo se pegaba al suyo mientras sus bocas se unían en un interminable beso.

Ahora estaba en paz, respiraba con normalidad, una luz tenue llegaba desde muy lejos y una agradable sensación de ingravidez y de absoluto silencio le embargaba, ¿aquello era real?, Qué bien se estaba allí. No quería abrir los ojos, pero poco a poco su cerebro le iba pasando imágenes de los últimos acontecimientos y aquella paz maravillosa se empezó a volver desasosiego y trató de borrarlas, de ignorar aquello que no quería saber y aferrarse a esa paz que estaba sintiendo unos instantes antes, pero era inútil, ya no lo lograba, al fin hizo un esfuerzo y abrió los ojos.

¡Aún estás ahí tirado, perezoso y ni siquiera has quitado la mesa! Los ojos de Raquel le miraban desde arriba mientras su mano le zarandeaba el hombro, vaya siesta campeón, me he ido hace más de dos horas y resulta que el señor todavía está tumbado en el sofá, eso te pasa por comer en exceso, no me haces caso y claro luego digestiones pantagruélicas y siestas de dos horas. En fin tu mismo, yo me voy a recoger a los niños y luego al súper, de la cena te encargas tú.

Y un nuevo y rotundo portazo acalló otro no menos rotundo ¡adiós!

No fue capaz de contarle su terrible pesadilla con final erótico, para qué, seguramente ella no lo entendería, Raquel era todo su mundo, sin ella se lo tragaría el océano. Ella era sin duda para él, un puerto seguro.

OSCAR +